

## CARTAS A P (II): LÍNEAS QUE CONVERGEN

Por supuesto, todo en esta vida pasa, todo menos las ganas de besarte. Esto último no se lo dije, de hecho creo que no se lo diré nunca. Es mi secreto más preciado, la única forma de atar mi alma errante. La volví a mirar y nos levantamos de la mesa. Caminamos, como siempre, por el Albaicín, calle arriba y abajo, como en aras de un intrépido desvarío racional por tenernos cerca mientras nos escabullimos del tiempo. O sea, solo pasear ¿Qué más pedir?

Bajamos al centro, titubeando. Éramos, somos, como *Vladimir y Estragón*, esperando a *Godot*, aunque sabiendo que este nunca llegaría, y así, tarde o temprano, y de un modo u otro, se nos pasaría esa irremediable estupidez llamada vida. Cavilábamos por los adoquines y empedrados despacio, sujetos de nuestras manos. A lo lejos, mientras nuestros pies punteaban el asfalto, escuchábamos los cláxones de los coches. Íbamos dirección a Gran Vía mediante la perpendicular del Hospital Real. Nos gustaba tomarla desde la bandera hierática hasta el último aroma enfrascado allá por los *Italianos*, recorriéndola entre el advenimiento de los ginkgos. Aquel día había una inhóspita



montonera de coches, aunque la gente paseaba sin más. Además, y para más inri, a la entrada de subdelegación una manifestación. Otra. Nos escabullimos como pudimos. Los automóviles seguían reclamando sus espacios, mientras, los viandantes, a lo suyo, supongo que felices por seguir apoderándose, en cierta medida, de la ciudad. Anduvimos de punta a

extremo la calle. Justo, al final, dudamos entre regresar como impulso vital para el Albaicín, pero nos quedamos insertos un segundo eterno en la duda; tomar Recogidas o escabullirnos del mundanal ahora por el Realejo. Optamos, sin saber, por la primera opción. Quizás éramos presos del influjo de la masa y de los cantos de Hamelín, del hormigueo, del pulular del gentío y del agreste ruido de los vehículos.

Alcanzamos los soportales de Ganivet. Ahora el estruendo era de gente en y a las puertas. Había sutiles pestaños de chicas y chicos que, entre el desconocimiento, la



incertidumbre y la cobardía, no encontraban otro modo de encontrarse. Valga la redundancia, y también la paradoja. Las hileras de viandantes seguían huyendo, al menos de nuestra vista. Cada persona, cada historia, cada mundo, cada tiempo, cada ahora se iba difuminando en el ayer de nuestras miradas. Ella seguía aferrada a mi

mano, yo a su sonrisa. No hablamos mucho, aunque tampoco hacía falta, solo seguíamos algún curso, quizás el de nuestro deseo. Aunque esto sería adelantarse mucho.

En mis adentros yo continuaba rumiando acerca de mis más incrédulos desdenes. Es cierto, pensaba en ella, pero recababa en el esqueleto de la ciudad. Tan rara, tan diferente al resto de urbes. Quizás ahí su magnetismo. Pensaba, y siempre he pensado, que esta ciudad no es para el coche, no es para el transporte mecánico, solo sirve para ser degustada con el tránsito. El Albaicín es el ejemplo plástico de ello. Granada, como hacedora de este, solo puede entenderse de ese modo. Supongo que, y sin entrar en cartografías, y al compararla con, por ejemplo, Córdoba -con grandes avenidas y aceras inmensas-, la nuestra se debe al caos, a la refundición, a la superposición de culturas. Son capas y capas de posturas encontradas, de límites diletantes sin corses precisos. Supongo de nuevo, y sin inmiscuirme de lleno en ese saber, que las fallas culturales que nos han asolado han dejado

un sino que es difícil de plasmar desde cero. No tenemos grandes vías o un rigor para el tráfico, solo hay alboroto, jaleo, anarquía... Pero ahí está el criterio, en que la ciudad se rige por ser un jaleo cabal, una expresión longitudinal y arquitectónica que se asienta en las dulces mieles del azar.

*Granada; caos y orden.  
Entropía alta,  
Desatinado desdén,  
Bendita locura, del hoy y del ayer.*

*Ignacio J. Serrano Contreras*